

FILOSOFIA Y TEOLOGIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

POR

ALBERTO CATURELLI (*)

I

El Nuevo Mundo y la conciencia cristiana.

El 4 de marzo de 1493, en el más antiguo documento de la historia de América, el Almirante escribía a los Reyes Católicos «en la mar» ya próximo a Lisboa: «Aquel eterno Dios que a dado tantas victorias a *Vuestras Altezas*, agora les dio la más alta que / hasta oi a dado a príncipes. Yo bengo de las Yndias con el armada que *Vuestras Altezas* me dieron, a / donde yo pasé en treinta y tres días, después que yo partí de *vuestros* reinos». Agra-ga más adelante: «y seguí en mui muchos puertos en los quales, y en / todos los otros de las otras yslas, puse una grandísima cruz» (1). Y ahora releamos en el Diario del primer viaje el venerable texto que narra el acto inicial: «... porque la caravela Pinta era más velera e iba delante del almirante, *halló tierra* y hizo las señas qu' el Almirante avía mandado». Y agrega: «*A las dos oras después de media noche pareció la tierra*, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treo que es la vela grande, sin bonetas, y pusieronse a la corda, que se llamava en lengua de indios Guanahaní» (2). En el mismo

(*) Universidad de Córdoba (Argentina).

(1) *Manuscrito del Libro Copiador*, pág. 436, transcripción por ANTONIO RUMEU DE ARMAS, vol. II, Testimonio Compañía Editorial, Madrid, 1989.

(2) *Diario del primer viaje*, págs. 29-30, en CRISTÓBAL COLÓN, *Textos*

texto Colón agradece a Dios por la merced que la concedido «descubriendo lo que descubierito avía» (3). El término «descubrir» vuelve a ser utilizado cuando dice a Alejandro VI «descubrí d' este camino» (4) o cuando declara «yo descubrí las Indias» (5).

No significa lo mismo «hallar» que «descubrir». Hallar, que proviene de *afflare* (de *ad* y *flo*) y del cual deriva nuestro antiguo *fallar*, indicaba el topar con algo. Se trata de un simple hecho que, una vez producido, concluye en sí mismo; por eso no genera historia pues el hallar no revela algo en su ser. Aunque todo descubrimiento suponga un hallazgo, no todo hallazgo es descubrimiento. En ese sentido la probable llegada de los vikingos a Terranova en 982 no fue más que un mero hallar sin consecuencia alguna en el tiempo histórico. Tampoco debe pensarse, como pretenden ciertos ideologismos immanentistas que se trató del simple «encuentro» (extrínseco) de culturas de la misma jerarquía; el mismo término «encuentro» puede resultar equívoco pues, si atendemos a su etimología, *in-contra* indica el acto de coincidir dos cosas o personas en un punto; en tal caso no difiere de un tropezar uno con otro y entonces en nada se distingue del hallazgo. Este encuentro puramente empírico y extrínseco se mantiene como tal cuando quiere significar la coincidencia en el plano psicológico que tampoco trasciende el orden empírico. En el mismo sentido, tampoco es verdadero encuentro (por imposible) el mero «choque» de culturas pensadas como dos todos abstractos que sólo «existen» como tales en la mente de ciertos ideólogos. No existe verdadera comunicación (y por tanto encuentro) sino en la verdad del ser que nos es común en cuanto intencionalmente emergente en *mi* conciencia y en la de *mi prójimo*, en el *yo* y en el *tú*. Por eso, en la comunidad del ser como acto participado se constituye la comunicación (o el encuentro) conmigo y contigo, la cual es

y documentos completos. *Relaciones de viajes, cartas y memoriales*, Edición, prólogo y notas de CONSUELO VARELA, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

(3) *Op. cit.*, pág. 127.

(4) *Carta al Papa Alejandro VI*, pág. 286.

(5) *Relación del cuarto viaje*, pág. 301; también *Testamento y Codicilo*, pág. 334.

encuentro interpersonal, único encuentro verdadero. De ahí que cuando comprobamos la comunicación, encuentro y mutua influencia entre culturas diversas, los canales de encuentro y comunicación son las personas singulares, no dos todos-abstractos que, como tales, no existen.

El descubrimiento no fue mero hallazgo (aunque estaba supuesto) ni mero encuentro entre dos todos-abstractos; el descubrimiento fue verdadero descubrimiento como un acto propio de la conciencia crítica. Esto supone el ser como prae(s)entia encubierta en todo ente y, en cuanto tal, es el ser-acto, es decir, acto de ser de todo ente y, por ello, puramente «tenido» o recibido: *Esse est actus entis* (6). Sólo la conciencia crítica puede develar a «descubrir» el ser del ente, como el ser de un continente nuevo que «tiene» y no es el ser: «descubrir» supone lo allí estante, lo originario, encubierto, que es des-cubierto y, en el mismo acto, puesto como ob-iectum. Este acto no puede realizarlo la conciencia primitiva —en estado de simpatía con el todo— todavía indistinta respecto del objeto y para la cual lo otro en cuanto otro se mantiene como *sin nada*. El acto fundamental y fundacional estaba implícito en las palabras de Colón cuando en una de sus cartas dice que él ha ido a «descubrir las Indias» y que emprendió el viaje en busca de un mundo «que fasta entonces estaba oculto» (7). Lo desocultado no es lo meramente hallado, sino el real descubrimiento de un mundo en su ser que se hace presente; de ahí que sea menester distinguir el descubrimiento *inicial* en el tiempo que no concluye en sí mismo y el descubrimiento *progresivo* nunca agotado, siempre *inexhausto*; el descubrimiento inicial que supone lo *originario* allí previamente dado, en su mismo acto hace emerger la *originalidad* de lo nuevo, de lo develado o descubierto. Por consiguiente, la novedad de América no es una mera novedad geográfica o científica, sino la que dice la expresión *nuevo mundo* como un todo, según ya lo proclamaba Pedro Mártir de

(6) SANTO TOMÁS, *De Ver.*, 10,8, ad 12.

(7) *Carta a doña Juana de la Torre*, pág. 244.

Anglería antes de la muerte de Colón su amigo: «un nuevo mundo, exclamaba, nunca oído» (8).

Descubrimiento inicial y progresivo, ruptura de la originalidad constante como acto generador de la originalidad de lo nuevo. Acto ejercido por la conciencia del hombre cristiano-católico. Hecho este último que, en cuanto acto histórico evidente, ni el más agnóstico podría negar. Luego, la conciencia descubridora (que supone la conciencia natural) no es ni la conciencia metafísica, ni la conciencia psicológica, ni la conciencia moral; la *synéidesis* cristiana es la conciencia purificada y transfigurada por la gracia de Cristo y cuya regla próxima es la misma voluntad de Cristo. En ese sentido, la conciencia cristiana testimonia el orden nuevo del hombre nuevo que, en cuanto miembro del Cuerpo del Cristo-total, se renueva según la imagen de Cristo (Col. 3, 9-10); el hombre de la conciencia cristiana es, por eso, *crístóforo*, portador de Cristo que debe participar también en el *obrar* salvífico de Cristo. Colón vio en su propio nombre de pila un signo de su misteriosa vocación, aunque todo cristiano sea, constitutivamente, *crístóforo*. El mundo descubierta era un mundo *viejo*; en cambio, para la conciencia descubridora desde su acto inicial, tratábase de una *novedad naciente* que por la «encarnación» progresiva de la Palabra llegará a ser el *Nuevo Mundo*. Este llegar a ser el Mundo *nuevo* supone, para la conciencia cristiana descubridora, el deber de guardar las enseñanzas recibidas (2 Tes. 2,15); pero como es imposible que esta tradición sobrenatural no se inserte en el tiempo histórico que alcanzó su plenitud en la Encarnación del Verbo (Gal. 4,4), en el acto inicial y progresivo del descubrimiento se funden la tradición histórica natural y la tradición cristiana constituyendo así la tradición *integral*.

Por eso, la conciencia descubridora, en cuanto descubridora,

(8) *Décadas del Nuevo Mundo* (1530), L. I, cap. IV, pág. 9; cito por la trad. de JOAQUÍN TORRES ASENCIO, Noticia y bibliografía de JOSEPH H. SINCLAIR, Editorial Bajel, Buenos Aires, 1944. Recuérdese que Pedro Mártir de Anglería ya hablaba de «nuevo mundo» en el *Libretto de tutta la navigazione del Re de Spagna de le Isole et terreni nuovamente trovati*, Venezia, 1504.

posibilita la originalidad de lo nuevo y, simultáneamente, lleva en sí misma toda la cultura antigua constitutiva de la tradición natural. Para la conciencia cristiana Dios habla a los hombres según su tipo de cultura y desde su misma cultura; el tiempo anterior a la Encarnación es «el tiempo de la ignorancia» (Act. 17,30) en el cual griegos y romanos han perseguido oscuramente el Dios verdadero sin conocerle (ib. 17,23) ya como causa suprema, ya como primer principio, ya como Aquel, enseña Santo Tomás, a quien no se le puede atribuir ninguna perfección tal como está en las creaturas (9). Simultáneamente cobijaron, anularon la verdad por la corrupción hasta sustituir a Dios por la imagen sensible del hombre, de bestias y de plantas (idolatría). De ahí que hayan sido inexcusables, como dice San Pablo. La cultura no-cristiana, aunque errónea, llevaba en sí misma las semillas del Verbo (el *logos spermatikós*) como una verdadera *tensión* hacia Dios verdadero. Esta tensión sólo puede ser satisfecha por la conversión que salva la distancia inconmensurable entre el *logos spermatikós* y el *Logos Pantós*. Al convertirse a Cristo no sólo la helenidad y la romanidad no murieron sino que *se alcanzaron a sí mismas en la helenidad y en la romanidad cristianas*; es decir, se alcanzaron a sí mismas en el estado de la «nueva creación». De ahí que la conciencia cristiana, en el hombre español del siglo xv, implique lo griego y lo romano, médula de la tradición natural regenerada por Cristo. Descubrimos así lo que podríamos llamar la proto-hispanidad, pues la «encarnación» de la Palabra en la Península debió asumir (pues nada es redimido si no es asumido) el mundo mítico-mágico prerromano por medio de los primeros siete apóstoles cuya evangelización engarzó la cultura greco-romana en su continente ibérico. De ahí que la tradición que llevaba consigo la conciencia descubridora del Nuevo Mundo sea la tradición greco-romana-ibérica-cristiana. Tal era la conciencia ibérica cuyo movimiento histórico podemos seguir desde la conclusión del período hispano-romano, hacia el 409, hasta el siglo VIII de los Santos Padres es-

(9) *In Omnes S. Pauli Ap. Epist. Commentaria, Ad. Rom.*, cap. I, lectio 6.

pañoles y, luego, desde el 711 en el largo período de la Reconquista hasta el 2 de enero de 1492, fecha de la toma de Granada contemplada personalmente por Colón. Aquí comienza una verdadera *ampliación de Occidente*: la roja Cruz sobre las blancas velas de las tres naves colombinas simboliza la conciencia cristiana (greco-romana-ibérica) descubridora de la originalidad allende la Mar Océano en el acto inicial y progresivo que llegó hasta el extremo *finis terrae* de Occidente o, si se prefiere, hasta el Occidente del Occidente. La antigua y enigmática premonición de la existencia de otro mundo (desde «las otras partes» del *Fedro* platónico hasta la «profecía» de Séneca y desde ésta hasta Raymundo Lulio) llegaba a su plenitud cuando Colón clavó la Cruz en las playas de Guanahaní. Esta misteriosa necesidad de *ir hacia*, era correspondida por la no menos enigmática premonición del mundo precolombino que hacía siglos que estaba expectante por *algo que llegaba*.

II

El Nuevo Mundo y la evangelización.

Existió un primer hombre que miró con estupor y perplejidad la llegada de las carabelas. A medida que la noticia se difundía sobre todo en Mesoamérica y en América Incaica donde residían las principales civilizaciones, habrán recordado los indígenas el incendio de Huitzlopochtli, la aparición del gran cometa, la muerte y resurrección de Papantzin, hermana de Moctezuma; las predicciones sobre los extraños «de barbas ribicundas» de los libros mayas o el anuncio del Inca Vira Cocha sobre el llegar de «gente nunca jamás vista». Estas enigmáticas predicciones emergen de una conciencia en estado de inmediatez con el cosmos, en una suerte de *inclusión* del sujeto en el objeto; la no-disociación entre sujeto y mundo permite esta unidad originaria que es el humus del mito. Como es común en la conciencia primitiva ésta exige la *repetición* (eterno retorno) que elimina lo nuevo precisamente en cuanto es perpetua vuelta de lo Mismo; por eso en las culturas primitivas no hay historia. En el fondo *no ocurre nada*

porque siempre ocurre lo Mismo. Estadio pre-reflexivo de la conciencia inmersa en el cosmos concreto y en su «espacio» que es lugar sagrado (espacio mítico); en él es menester «pro-vocar» los fenómenos por medio de su imitación (magia) mientras no existe todavía distinción entre cosa y signo; de ahí la ausencia de escritura alfabética, pues el estadio de inmediatez se expresa en la escritura pictográfica (re-presenciación directa de la cosa) o en la escritura ideográfica (el signo significa no ya la cosa sino su nombre). Esta conciencia del hombre precolombino heredaba en Mesoamérica aquella «cultura madre» que habría comenzado en la cultura Olmeca, en las hoy llamadas islas de la Venta y seguido, sin continuidad orgánica en Teotihuacán (400aC-800dC), los Zapotecas (I-XI), los toltecas (IX-XII), Mayas (IV-X) y aztecas (XIV-XV). Es patrimonio común la generación del cosmos y del hombre y la descripción del tiempo mítico-cíclico (como en el *Popol Vuh*) en el cual se destaca la necesidad de los ciclos calendáricos y su expresión ritual, sea en los sacrificios humanos, sea en el juego de pelota. La conciencia crítica-cristiana se encontró con el dualismo en cuyo seno luchan los dioses generando las *edades del mundo* (Sol cuatro-tigre, Sol cuatro-viento, Sol lluvia de fuego, Sol cuatro-agua y, el último, Sol movimiento). El cosmos está condenado a la destrucción sólo impedida por la sangre y la carne de los sacrificios que exige Ometéotl-Tloque Nahuaque-Quetzalcóatl; él es el «Dueño del cerca y del junto, Dador de la vida, noche-viento» siempre presente. Religión del horror y del sometimiento absoluto del hombre. Dualismo mágico-mítico que se repite en las civilizaciones de América andina expresadas en el elemento originario, la piedra (*allpa*), que es la masa indiferenciada de tierra que sustenta las numinosas fuerzas de la naturaleza por encima de las cuales existe el Sol o Viracocha. Mientras la conciencia primitiva siga inmersa en la inmediatez del cosmos cuyas fuerzas oscuras in-voca y pro-voca (conciencia mágica) le será imposible el discurso tanto histórico cuanto filosófico; por la misma razón, cuando llegaron las carabelas de Colón, los poco más de trece millones de indígenas de todo el continente carecían de conciencia continental y cada grupo carecía también de la conciencia

de patria. Aquel originario mundo mágico y aislado no era América todavía, América *no existía*.

Sin embargo, el proceso de su fundación comenzó cuando el grito ¡tierra! estalló en la garganta de Rodrigo de Triana. La conciencia cristiana es misiva por esencia (crisóstoma); por ello el acto, inicial y progresivo del descubrimiento, así como implica la tradición greco-romana en el orden natural lleva incoada su misionalidad en cuanto participa de la misionalidad del Verbo. Fray Pedro de Córdoba lo dirá a los indios: «*nos envió Dios a vosotros*»; y los doce apóstoles franciscanos lo anunciarán a los tlamatinime aztecas: «No somos más que mensajeros *enviados* a esta tierra» (10). En efecto, Cristo es el misionero del Padre; desde la eternidad procede del Padre; *temporalmente* procede del Padre para ser hombre por misión visible (11). Esta misión es visible en el Verbo Encarnado y es invisible por el don de la gracia santificante. También es misivo el Espíritu en cuanto procede del Padre y el Hijo y es como el alma de toda la Iglesia; de ahí que la conciencia descubridora se identifique con el acto misionero que lo es de *toda* la Iglesia; así lo creen y viven la Reina Isabel y Fernando, Cisneros, Carlos V, Felipe II, que impulsan la «dilatación» de la Iglesia en cuanto continuación de la misión de Cristo en el tiempo. Dos consecuencias se siguen: por un lado, que un pueblo convertido es, como pueblo, crisóstomo; por otro que, en virtud de la Encarnación del Verbo que asume toda la realidad humana, el orden temporal tiene la obligación de buscar, reconocer y estar unido al Dios verdadero (confesionalidad de la Corona); por eso debe decirse que *todo el pueblo español es misionero en los siglos XVI y XVII* y sentía la obligación de procurar el mundo entero para Cristo (imperium católico) proclamando, a la vez, la unidad espiritual de todos los hombres de la tierra.

(10) *Doctrina Cristiana*, Prólogo, núm. 12 y 13, en JUAN GUILLERMO DURÁN, *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*, vol. I, Fac. de Teología, Pont. Univ. Cat. Arg., Buenos Aires, 1984. Y *Coloquios de los doce Apóstoles*, núm. 78, en la misma obra, págs. 330-331.

(11) SANTO TOMÁS, *STh.*, I, 43, 2 y ad 3.

La conciencia descubridora se encontró con pueblos a los cuales no había llegado noticia alguna ni de la Antigua ni de la Nueva Alianza. Derivaban de la Alianza cósmica tipificada en la figura de Melquisedec, rey de Salem, quien, al llegar Abraham a Canaán, «presentó pan y vino, pues era sacerdote del Dios altísimo...» (Gn. 14 18; Heb. 7,3). Figura del sacerdocio de Cristo, sacerdote de la religión primera correspondiente a la revelación primitiva o Alianza de Noé (12). Dios de todos los pueblos y de todas las culturas; cuando el Señor instituyó la Eucaristía, aludió también a la Alianza cósmica. Esta Alianza se ha pervertido en *idolatría* en todos los pueblos gentiles a los cuales el Verbo envía sus apóstoles; aquella Alianza es el vehículo (a pesar de las sombras espesas de la idolatría, la magia y las supersticiones y hasta a través de ellas mismas) por el cual Dios llama a los hombres (semillas del Verbo). La Revelación cristiana llegada al Nuevo Mundo en la predicación de los misioneros «tocaba» la Alianza cósmica siempre latente. Esta situación manifiesta la unión orgánica de todos los hombres (miembros potenciales del Cuerpo) con Cristo estén o no en pecado; pero infinitamente distante todavía de la unión de caridad de los miembros del Cuerpo Místico con la Cabeza. Aquel oscuro conocimiento natural, como enseña Santo Tomás, «non sufficit ad iustificationem» (13).

Los misioneros bien sabían (basta leer, por ejemplo, el *De Procuranda indorum salute* del P. José de Acosta) que ningún hombre y ninguna cultura quedan fuera del universal influjo del Verbo (Jn. 1,9); pero también sabían que entre aquel influjo y la *absoluta novedad* de la Encarnación salutarifera existe una infinita distancia. La predicación es, pues, absolutamente necesaria porque no existe continuidad homogénea entre el «logos spermatikós» y el «Logos Pantós». A ningún misionero se le hubiese ocurrido sostener la existencia de un «cristianismo anónimo».

Los misioneros sabían que la «implantación» de la Iglesia no consistía en una suerte de «encuentro» global entre culturas sino

(12) JEAN DANÉLOU, *Le mystère de l'Avent*, ed. du Seuil, París, 1948; véase trad. cast. *Trilogía de la salvación*, pág. 152, Guadarrama, Madrid, 1964.

(13) *STb.*, I-II., 113, 4, ad 2.

el re-nacimiento de indio por indio, uno por uno, por la conversión personal. Sabían que no existe religión pre-cristiana inculpa-ble y de ahí la necesidad del doble momento: de ruptura con lo «viejo», especialmente la idolatría y de total transfiguración por la conversión. Las religiones precolombinas eran ambivalentes: por una lado «viejas», infectadas de errores absolutos que constituían impedimentos para la salvación y, por otro, velaban una oscura búsqueda del Dios desconocido; de ahí la necesidad de la *metánoia* como acto sobrenatural de fe explícita, generadora de la plena *novedad* a partir de la originariedad supuesta. Por eso, América es radicalmente *nueva* no sólo con novedad geográfica, científica y humana sino con novedad sobrenatural que es, en el fondo, lo único nuevo. El descubrimiento como acto inicial y progresivo de la conciencia cristiana, se transfigura en acto inicial y progresivo de evangelización. La originariedad devclada por el Almirante es fuente de *originalidad* tanto natural cuanto sobrenatural. América es, pues, de veras, el *Nuevo Mundo*.

En los documentos de los Reyes Católicos, del Almirante, del Papa, la evangelización tenía prioridad de naturaleza, como puede comprobarse desde la proto-evangelización del «requerimiento» hasta el primer catecismo que fue el de fray Pedro de Córdoba; desde la carta de Julián Garcés al Papa hasta la *Sublimis Deus* de Pablo III y desde los catecismos pictográficos hasta las actas del III Concilio Limense convocado por Santo Toribio de Mogrovejo. En ellos puede comprobarse que el acto primero era la desmitificación del cosmos (como en los capítulos I y III del Génesis) por la cual las creaturas eran despojadas de todo carácter «divino» mítico-mágico que es propio de «los tiempos de la ignorancia», corrupción antigua de la Alianza cósmica bajo el influjo del Idólatra por excelencia que es el demonio. Los misioneros sabían que con Cristo la historicidad de la Revelación alcanza su plenitud y por eso se «encarna» en el lenguaje; de ahí su adopción, primero, de la escritura pictográfica e ideográfica y, después, tal como nos enseñan Motolinía, Sahagún, Clavijero, Acosta y otros, *hicieron ingresar a las lenguas indígenas, en un verdadero salto cualitativo incommensurable, al estadio alfabético* realizando un acto

trascendental de mestizaje cultural: salto irreversible por el cual (si se me permite esta licencia) el Verbo se hizo indio y habitó entre ellos. Todos los métodos concretos de «encarnación» de la Palabra se iluminan: desde los «gestos» o «predicación muda» de los comienzos a los catecismos pictográficos; desde las pinturas propias de la escritura «testeriana» y los catecismos «en imágenes» (como el de Pedro de Gante) hasta los redactados en la lengua indígena sobre elevada al estadio alfabético. En todos ellos, pero especialmente en ese incomparable documento que son los *Coloquios de los doce Apóstoles franciscanos*, podemos comprobar: primero, la simple y encantadora catequesis; segundo, el rechazo misterioso de los tlamatilime aztecas de las Escrituras, «el libro de las celestiales y divinas palabras» como ellos mismos le llaman; tercero, el nuevo discurso de los franciscanos manifestando, que ya no tienen excusa ante el Dios cristiano, «el verdadero Ypalnemoani, el cual vosotros llamáis, pero nunca le habéis conocido». Mientras los tlamatilime les vuelven las espaldas proclamando que «los dioses también murieron» (como los escépticos griegos hicieron con San Pablo en el Areópago) *muriendo con ellos definitivamente el mundo «viejo»*, en los indios que se convirtieron *la indianidad* no sólo no murió, sino que, curada y salvada en cuanto naturaleza, *se transfiguró en la «nueva creación» alcanzándose a sí misma como indianidad*. Y así como en Dionisio, Dámaris y los demás que siguieron a San Pablo se salvó y re-nació la cultura griega transfigurada en la cultura greco-cristiana, del mismo modo la indianidad precolombina se transfiguró en la cultura *indo-católica*. La indianidad «vieja» murió con los tlamatilime que rechazaron la predicación y renació *nueva y original*, por ejemplo, en el Beato Juan Diego.

La misión temporal de Cristo Misionero no hubiese sido posible, sin la íntima participación de María en la misión del Hijo. Esta misión es anunciada en el proto-evangelio (Gn. 3,15) y lograda en la plenitud del tiempo cuando envió Dios a su Hijo formado de mujer (Gal. 4,4); por eso la co-presencia de María —aunque subordinada— ha de extenderse a todo hombre y a toda cultura en todo el tiempo de la historia porque Ella es mi-

sionera del Misionero Salvador. Ella está no sólo en el comienzo de la historia, en el centro y en el fin de la historia, sino *en el comienzo de la historia de América*; es cristófora no sólo por llevar nueve meses a Cristo en su seno sino porque Lo lleva a todos los hombres como mediadora del Mediador y prepara, en cada hombre y en cada cultura, el advenio de Cristo adelantando la gracia preventiva, como decía Daniélou. Ella representa a la gracia cuando la gracia aún no ha llegado. Y así como podemos hablar de una misteriosa espera de María en las culturas paganas del Viejo Mundo, de análogo modo existía una remota y oscura espera de María quizá en el rasgo femenino de Ometéotl y hasta en el culto a la feroz y sanguinaria Quatlique. Esta diosa, vencedora en el Tepeyac, precisamente en el lugar elegido por María para manifestarse a Juan Diego el 9 de diciembre de 1531. María Evangelizadora pugnaba por aparecer y explícitamente vino en la conciencia descubridora «embarcada» en la nave capitana del Almirante. Basta contemplar su Imagen que Ella misma pintó en la tilma de Juan Diego e ir descifrando y amando su inagotable simbolismo, para comprender que María es la Madre y la Catequista del Nuevo Mundo, conductora de la desmitificación y transfiguración de los hombres y la cultura amerindios. El Nuevo Mundo es mariano desde el acto inicial del descubrimiento y en el proceso siempre inexhausto de su evangelización. América, pues, fue fundada católica y mariana. Mientras Europa era Europa muchos siglos antes de la predicación de los Apóstoles y debió convertirse al Cristianismo, Iberoamérica fue fundada católica y mariana. La «cristiandad del Nuevo Mundo», como le llama Juan Pablo II, no tiene sentido fuera de la fe.

El descubrimiento inicial y progresivo, descubridor y evangelizador, se pone de manifiesto en la potestad temporal que, explícitamente católica, *participa del carácter misional de la Iglesia*. Así lo comprende Alejandro VI desde la bula *Inter Caetera* del 4 de mayo de 1493 (hubo dos del día anterior) en la cual tiene comienzo lo que llamo el *drama* de la conciencia cristiana tanto en la conquista cuanto en la evangelización del Nuevo Mundo. Las Instrucciones de los Reyes Católicos al Almirante (29-V-93), las

Ordenanzas al Gobernador Nicolás de Ovando (16-IX-1501), las leyes de Burgos (17-XII-1512) y sus mandamientos complementarios (28-VII-13), las Instrucciones del Emperador Don Carlos a Hernán Cortés (1523), la Ordenanza General de 1526 y la legislación posterior, revelan el drama de la conciencia cristiana tomada en el sentido de la *synéidesis paulina*. Y eso es así porque mientras en el hermoso testamento de la Reina se declara que «nuestra principal intención» es la conversión de los indios (sus «hijos de las Indias»), la concreta conducta humana no siempre se ajustaba a ese fin porque como dramáticamente dice San Pablo, «no hago lo que quiero; sino lo que aborrezco, eso hago» porque «ya no soy ... yo quien lo hago, sino el pecado que habita en mí» (Rom. 7, 15-16); de ahí el drama consistente en la agonía por salvar la distancia entre el bien que quiero (y debo hacer) y el mal que no quiero (y suelo hacer) hasta que sean uno el bien que quiero y el bien que hago. Entre las instrucciones reales y su aplicación concreta en Indias habrá siempre una distancia; solamente el Santo hace el bien que quiere (aunque imperfectísimamente) y rechaza el mal que no quiere; una expresión de Carlos V utilizada permanentemente en sus documentos lo pone de relieve: la «real conciencia» a la que apela y la conciencia de sus destinatarios a la que urge y exhorta; estas apelaciones de Don Carlos, aunque impliquen el derecho, son metajurídicas y por completo teológicas porque se dirigen a la conciencia cristiana que está obligada a procurar la conversión de los indios «nuestros súbditos», a amarles como a hermanos, a evitar todo «mal tratamiento» y los «excesivos trabajos»; al no cumplir con estas normas Cristo sería «muy deservido». El Emperador bien sabía que algunos (de los cuales varios están hoy en los altares) cumplirían la ley hasta el heroísmo; que otros, de modo aceptable aunque imperfecto y, por fin, que otros harían lo contrario por que perversos habrá hasta el fin de los tiempos. Precisamente la «leyenda negra» de ayer y de hoy, además de inventar fantásticas calumnias, ha exaltado arteramente tan solo los pecados y defectos y olvidado cuanto bien hizo la Iglesia y la Corona desde el acto inicial del descubrimiento.

España, por consiguiente, desde lo originario develado, *fundó* Iberoamérica en cuanto puso el *fundus*, la base. Más aún, desde lo originario fundó la originalidad del Nuevo Mundo en un acto inicial y progresivo *irreversible*. Esta verdadera fundación se expresa en el mestizaje somático, espiritual y cultural, en los centenares de ciudades, en las Instituciones, en el monumental corpus jurídico, en la cultura, en las treinta y tres Universidades que erigió en las Españas ultramarinas. El 11 de octubre América no existía. El 12 de octubre, comenzó su alumbramiento. España es, por eso, verdaderamente *Madre* y las naciones iberoamericanas son verdaderamente *hermanas*. He aquí también la razón más profunda de la futura independencia de Hispanoamérica, implícita en la doctrina de Francisco de Vitoria, explícita en la tesis de tutoría de Bartolomé de Carranza, en la del gran protectorado transitorio de Melchor Cano y Diego de Covarrubias. Y esta es también la causa por la cual, a principios del siglo XVIII, cuando la Madre Patria conquistada por el iluminismo secularista abandonó el espíritu del *imperium* católico, sus hijos de ultramar vinieron a ser *más hispánicos que España*. Cuando el gran Motolinía hablaba del quinto reino del mundo como un *imperium* católico, pensaba en la naciente y futura cristiandad del Nuevo Mundo.

III

El Nuevo Mundo Presente y futuro.

La disgregación del espíritu del Imperio ha comenzado. Realista en el plano metafísico, católico y místico en el orden sobrenatural, ha permitido que la razón humana se convierta en «regula rerum». Esta tentación, la más irracional de la razón que se hace absoluta (como decía Sciacca) a la vez que convierte al singular en lo único existente le quita todo valor metafísico; suprime la relación real entre la causa y el efecto y no tiene más camino que considerar el orden temporal como *autosuficiente* desde que Dios

y el orden metafísico se evaden de la verificación empírico-sensible. Ruptura implícita o explícita entre la razón y la fe, simultáneamente rompe con las «ilusiones» ultramundanas sustituidas por el incoercible progreso imanentista, a la vez que intenta subordinar a la Iglesia al poder secularista. Esta interna lógica de hierro del «principio» de imanencia cambia radicalmente el fin del Estado, rompe con las autonomías locales y las sociedades intermedias y erige la «tolerancia» pluralista en la más feroz de las intolerancias. Un Estado unido a la Iglesia participante del carácter misional del Cuerpo Místico, carece de sentido. La España cristófora se vuelve contra sí misma abandonando el ideal sobrehumano ahora incomprensible para las cabezas encerradas en las blancas pelucas del siglo XVIII.

Abandonar significa «dejar algo emprendido en poder de otro». La empresa comenzada inmediatamente en 1492 y mediatamente en 1720, es dejada en poder de una concepción secularista del mundo. Quizá la paz de Utrech en 1713 pueda ser tomada como símbolo del cambio y, casi un siglo más tarde, mientras los criollos y españoles se cubren de gloria en las calles de Buenos Aires derrotando a los invasores británicos entre 1806 y 1807, Carlos IV permite la entrada de las tropas francesas en territorio español. Entre la originalidad supuesta al acto descubridor de la conciencia cristiana y la originalidad indohispánica, se interpone ahora el iluminismo bastardo: *bastardo* digo porque no es ni español ni americano. El imperium católico se corrompe en colonia y la hispanidad indiana pronto exigirá su autonomía como remoto pero siempre vivo fruto del sentido del descubrimiento y la evangelización del Nuevo Mundo. Paradoja de Iberoamérica luchando contra España por la hispanidad.

En toda Iberoamérica se alza la misma voz. En 1808, Manuel Abad y Queipo en la Nueva España proclama que criollos y peninsulares son «los españoles» sin más y sostiene que «las Américas... deben gozar de todos los derechos generales que conceden nuestra leyes a las *provincias* de la metrópoli y a sus habitantes». El manifiesto de Agustín de Iturbide del 24 de febrero de 1821, señala que así como el Imperio Romano es como el padre de las

naciones europeas, España, «la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima», es la madre de los pueblos iberoamericanos. Iberoamérica reclama hoy su independencia y recuerda a los españoles que «vuestra patria es la América»; todo nos une en comunidad de destino y el Acta de la Independencia mexicana del 28 de noviembre de 1821 sólo ratifica la voluntad de la antigua provincia de ultramar que forma su propia familia conservando por su Madre «todo el respeto, veneración y amor, como a su primitivo origen».

En la Argentina, en 1809, Calixto del Corro funda la exigencia de la independencia en el simple derecho natural sobre el cual inhiere la geografía que por sí sola hizo a América independiente y habiendo cesado Fernando VII cautivo, «a nosotros ha revertido enteramente el poder y autoridad con que (el Rey) se halla revestido». Y en Buenos Aires, en las jornadas de mayo de 1810, Cornelio Saavedra —que será el primer Presidente argentino— sostiene que América era de derecho independiente desde la abdicación de Carlos IV: «hemos resuelto reasumir nuestros derechos, dice al Virrey Cisneros porque quien le diera autoridad y mando ya no existe». De este modo Saavedra reasume la verdadera tradición hispano-americana inaugurada en el Nuevo Mundo por el descubrimiento, la conquista y la evangelización, vulnerada ahora por el absolutismo «ilustrado». Iberia, la más occidental de las tres penínsulas-madres de Occidente, es el extremo del primer Mediterráneo y plataforma de lanzamiento hacia la Mar Océano, el segundo Mediterráneo. El Atlántico, en efecto, cerrado al Norte por los hielos árticos, abierto al Sur donde parece que Hércules realizó el más gigantesco de sus trabajos uniendo tres océanos allende el estrecho de Drake. Y América del Sur, como toda península, es afectada por un movimiento centrífugo que ya impulsó la misión civilizadora de España. Producida la ruptura con la España «iluminista» (una suerte de otra España) San Martín y Bolívar actúan en el mismo sentido de la tradición. Ambas epopeyas no se ensimisman en lo local sino que intentan restaurar la unidad del todo, la de las Españas ultramarinas, la Patria Grande. Cuando San Martín comprendió que ya nada podía es-

perar de la Madre Patria, decidió regresar para salvar a España en el Nuevo Mundo cumpliendo la aparente paradoja de *combatir contra España por España*. Salió fuera del Río de la Plata liberando Chile, emprendió la campaña del Pacífico, liberó al Perú mientras los doctores liberales-iluministas impedían que terminara su proyecto. Bolívar comenzó su movimiento centrífugo en el Caribe intentando restaurar la unidad del todo hasta Guayaquil y hasta Bolivia. Cuando vio cómo se desintegraba la Patria Grande quejóse amargamente de haber «arado en el mar». Ambos héroes *quisieron lo mismo*. Como decía Bolívar; «todos (estos pueblos) están clamando por un Imperio» porque Iberoamérica es *una* por su origen, su lengua, sus costumbres y religión. Bolívar soñó con la confederación del «mundo de Colón»; pero ambos héroes contemplaron cómo el iluminismo que ya había destrozado a España, atomizaba la Patria americana. Sólo América Lusitana, gracias a la casa de Braganza y principalmente a Don Pedro I logró salvarse de la fragmentación y conservar la unidad. El descubrimiento inicial y progresivo, acto inexhausto de la conciencia cristiana fundadora, parece agotarse en la aparente frustración de Bolívar y San Martín. El movimiento de la razón como «regula rerum» no ha cesado y va constituyendo los *obstáculos mortales* del «alumbramiento de la cristiandad del Nuevo Mundo» como gusta decir Juan Pablo II. En cuanto la razón immanentista renuncia a la metafísica y se convierte en esclava de la verificación empírico-sensible, genera la autosuficiencia del poder temporal realizada por el imperio de Alvión aún subsistente; en cuanto acentúa la idea del progreso indefinido en manos de los nuevos dioses de la electrónica, la computación y la informática, sustenta el actual imperio del Leviatán neoiluminista que aspira a la unidad secularista del mundo-*Todo-Uno* (el «nuevo orden del mundo»); en cuanto la razón «pone» el ser que ella misma es introduciendo la contradicción en la realidad (*es la misma realidad*); alcanza la secularidad suprema del atroz imperio de Gog a cuya desintegración asistimos. Pero la esencia común a los tres obstáculos une al todo en la actual *gran posibilidad de un único imperio totalitario-planetario* ya sostenido por Brzezinski, hoy proclamado

por el funcionario Fukuyama cuando sostiene que hemos llegado al fin de la historia como tal; es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final del gobierno humano. Ante esto, pareciera que el destino histórico de las Españas americanas se hubiese cerrado para siempre.

¿Qué debemos esperar? ¿Qué debemos hacer? Mucho podemos esperar y mucho es lo que debemos hacer. El gesto inicial de Cristóbal Colón al clavar la Cruz en las playas de Guanahaní es el símbolo preciso: la conciencia cristiano-mariana, descubridora y evangelizadora, sabe que el destino histórico de Iberoamérica no consiste en *instalarse* definitivamente en el mundo porque la Patria es mi lugar terreno de peregrinación; de ahí que el amor a la Patria se confunda con el amor a Dios. Estas patrias «expatriadas» no renuncian, es claro, al progreso físico; pero, en cuanto peregrinas son constitutivamente anti-burguesas y antiiluministas y cada vez se distancian más del «espíritu» del llamado «nuevo orden mundial», simple expresión de la nueva idolatría del hombre flico entregado a los *cones* del cambio y la producción-consumo. En este mundo extraplenomático vuelven a presentarse, como en las sectas gnósticas, erotismo-pornografía-aborto con furtivas formas de antropofagia, última «caída» de un mundo relapso. Por eso, el Viejo Mundo que restaura la «vejez» precristiana del hombre, parece necesitar del *quinto viaje de Cristóbal Colón* que debe partir desde el simbólico Guanahaní iberoamericano *hacia* Europa. Como decía el Almirante en carta a Santángel, Dios «da a todos aquellos que andan su camino victoria de cosas que parecen imposibles»; y lo que parece imposible es la reconversión del «viejo» mundo a Cristo. Cuando el sucesor de Pedro llama a Iberoamérica el «continente de la esperanza» parece aludir, precisamente, a ese misterioso destino como fruto sobrenatural de la hispanidad.

El «árbol de la vida» (Ap. 22,14) plantado en Guanahaní, absorbió por su raíces el mundo precolombino y dará su tributo, como canta la Iglesia el Viernes Santo, «dulce árbol donde la Vida empieza con un peso tan dulce en su corteza». Este fruto requiere

la renovación del descubrimiento como *conquista interior* que generalmente culmina en el martirio como el del pueblo mexicano en la guerra de los cristeros cuyos frutos revierten sobre toda la Patria Grande. Tal es el camino de la «encarnación» progresiva de la Palabra en la cultura iberoamericana la que, por otra parte, es ya una realidad insoslayable. A pesar de la extrema debilidad de Iberoamérica ante los poderes de este mundo neoiluminista, esto sí lo debemos hacer y lo *podemos* hacer. Insisto: el descubrimiento inicial y progresivo (*conquista interior* en Cristo) genera la *novedad* del Nuevo Mundo, inconcebible fuera de la savia vital greco-romana y fuera de la savia vital precolombina, el todo transfigurado por la fe católica. Necesitamos para ello de la *unión progresiva* de todas las naciones iberoamericanas. La epopeya sanmartiniana y el proyecto bolivariano no han fracasado, ahora transpuestos al orden espiritual. Bolívar pensaba que Iberoamérica, situada entre los dos Océanos, puede ser la mediación entre Europa y el Asia; Hispanoamérica —las Españas del Nuevo Mundo— espera y espera con esperanza sobrenatural. Adivina quizá un posible encuentro entre ella y Rusia convertida a la única Iglesia de Cristo. Presiente la penitencia que el único Señor de la historia puede enviar a Alvión, a Leviatán y a Gog; al mismo tiempo, abre sus brazos a la Madre España (la España de siempre) que no tiene por qué arrepentirse por el descubrimiento, la conquista y la evangelización de América. El propio Vicario de Cristo, el 31 de octubre de 1982 desde el aeropuerto de Barajas, lo dijo: «¡Gracias España; gracias, Iglesia en España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!». Por eso, su heredera legítima, la cuarta península de Occidente cuyo extremo alcanza el encuentro de los tres océanos, suplica humildemente al Misionero enviado del Padre ser el pivote de la evangelización del mundo. Destino histórico iniciado cuando el Almirante clavó el árbol de la Cruz en las playas de Guanahaní.